



LA SOCIEDAD

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son; yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinión de los escritores malhumorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración; que su verdadera posición es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hânse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, si no toda; pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concederemos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad: razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos á los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque á su hermano (que así se llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error es todo lo contrario: nadie concurre á la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo común donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es por una incom-

preensible contradicción aquello mismo que parecería destinado á disolverla; es decir, el egoísmo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reúne unos á otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros: segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos: y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos más que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creación estaba en que no nos necesitásemos; y si quien ponía por base de todo el egoísmo, podía haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestión para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa; entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversión; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á qué atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los más experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacía yo las anteriores reflexiones á un primo mío que quería entrar en el mundo hace tiempo, joven, vivaracho, inexperto y por consiguiente alegre. Criado en el colegio y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pilades; toda amante le parecía una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el día que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no había de ser feliz mi primo unos días como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Líteme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Después de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazón recto, una alma noble, ni aun una buena figura, es decir, después de haberse proporcionado unos cuantos

fraques y cadenas, pantalones colán y micolán, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presunción, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversación, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introducción. "Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!". A los quince días conocía á todo Madrid: á los veinte no hacía caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oídos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba: "Preciso es que sea muy malo mi primo, decía, para pensar tan mal de los demás;," á lo cual solía yo responder para mí: "Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos."

Cuatro años habían pasado desde la introducción de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Había, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que por una contradicción inexplicable, horan mientras sólo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio: pero nada más. Ocurríome en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relación, y á pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le había visto; no sé si me buscó él á mí si le busqué yo á él; sólo sé que á pocos minutos paseábamos el salón de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

—¿Tú en el mundo? me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo: cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle de menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿tú no bailas?

—Es ridículo: ¿quién va á bailar en un baile?

—Sí por cierto..... ¡si fuera en otra parte!.... Pero observo desde que faltó á esta

casa multitud de caras nuevas..... que no conozco.....

—Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es, respondí, que faltó á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses..... ¿Quién es, por ejemplo, esa joven?..... linda por cierto..... Baila muy bien..... parece muy amable.....

—Es la baroncita viuda de..... Es una señora que, á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir, ha llegado á ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, no abriga más malicia que la que cabe en veintidós años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente, los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor, unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente á su mérito y su virtud el haber perdido la reputación. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!!!

—¿Y aquélla de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los pies según se baja el vestido á cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galán. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada: pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y ésta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira, apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hacia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pie, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: también en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningún amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

TODOS SANTOS,



Lo que sale y entra todos los años, aparte de otras cosas.



—¿Queréis castañas?

—No me hables de eso, que el año pasado se me puso una gorda como un farol en el estómago y no podía darle salida.

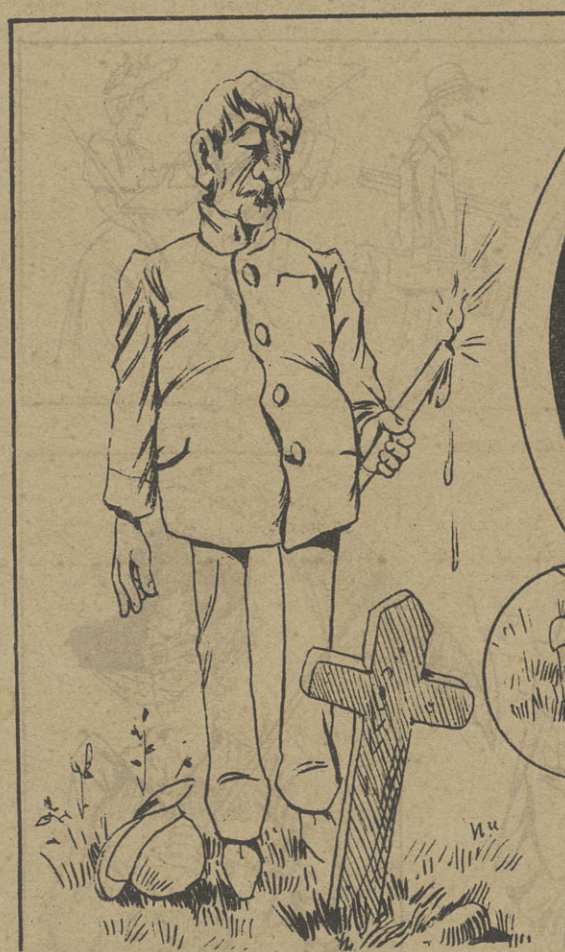


A coronar la tumba
De su Conrado.
Y eso que murió el pobre
Bien coronado.



Dios mío que muertos
Se quedan los solos.

POR ROJAS



Mi amo me manda á que llore por su esposa muerta, y yo lloro porque no puedo hacer lo mismo por la mía.



Recemos por tu esposo para que nos espere allá muchos años; si no *pa* que se moría.



No hay duda, sigue amándome; á través de la tumba siento que sus latidos repercuten en mi corazón.



Estos no podrán decir que del viaje no han sacado *ni* agua.

—¿Quién ha de ser? Un amigo mío íntimo, cuando yo jugaba. Ya se vé; ¡perdía con tan buena fe! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un joven con aire marcial y muy amistoso.

—¿Cómo le tratan á usted? ... le preguntó mi primo.

Pícaramente: diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

—Peor todavía; adiós.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso. — Hombre, si no has jugado, le dije á mi primo, ¿cómo dices?....

—Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venía á preguntar si tenía suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulación: lo que no gana lo pierde.

—Pero ¿qué inconveniente había de pres-tarle? Tú que eres tan generoso....

—Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado....

—¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabáis.

—Es verdad; y yo le quería; me lo encontré á mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mí bella, me perdió en su opinión, y nos hizo reñir: él no logró nada, pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

—¿Es posible?

—Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo más que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al revés, compran.

—¿Y tampoco has tenido más amores?

—¡Oh! eso sí: de eso he tardado más en desengañarme. Quise á una que me quería sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo y me dijo que no podía arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente á una casada: esa sí, creí que me quería sólo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar á oídos del marido, que empezó á darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debía concluirse el amor; su

tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba más á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

—¿Y no has pensado nunca en casarte?

—Muchas veces; pero á fuerza de conocer maridos también me he desengañado.

—Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

—¿Hablar á las mujeres de Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreír tres veces á una mujer; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan: "Fulano hace el amor á mengana..". Esta expresión pasa á sospecha, y dicen con una frase por cierto bien poco delicada: "¿Si estará metido con fulana?..". Al día siguiente está sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración. Si hablas á una bonita, la pierdes; si das conversación á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar á mi primo sus expresiones de hacía cuatro años: "Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!..".

Un apretón de manos me convenció de que me había entendido. "¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaría bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en las que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunión de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! ¡Más dichoso aún, si hay excepciones, el que puede ser excepción!!!..".

AL GENIO DE LA POESÍA

Siempre al cenit, en vuelo soberano,
Se encumbró audaz el águila arrogante;
Siempre en el polvo se arrastró el gusano;
Nunca la frente levantó el enano
Donde las plantas asentó el gigante...

Mas el gusano ruín, que muerde el suelo,
Tal vez contemple del cenit la altura
Por sorprender al águila en su vuelo;
Y el gusano, en su afán, contempla el cielo
Por medir del gigante la estatura.

—¡Ámbito y luz!... El vuelo soberano
Quiero admirar del águila arrogante;
Yo, desde el polvo ruín, pobre gusano!
Quiero mi frente levantar, enano,
Para barrer las huellas del gigante!...

Siento el rumor de la caterva impía...
—¡Imbéciles, atrás!... el entusiasmo,
Si en vuestras almas no, cabe en la mía!
No ha de ahogar, pardiez, vuestra ironía,
Que es estúpido al fin vuestro sarcasmo.

¡Ya me siento mayor!...—Con la caterva
Me he visto faz á faz.—¡Mas horizonte!
¡Grande me he visto entre su grey proterva!
Cual se encumbra un ciprés sobre la yerba,
Como entre cerros se levanta un monte!...

¡Ven á mis brazos, y en dolientes sonos
Suelta á los aires, empolvada lira,
La más dulce canción de tus canciones!...
Será inmortal la que á su gloria entones,
Que es también inmortal quien te la inspira.

¡Muda!... Pues bien; cual eco en la montaña,
Solo mi acento desacorde y rudo
Truene por fin... ¡El corazón me engaña!
Por dar paso á la voz se abre mi entraña

¡Y... mudo estoy!... ¡como las rocas, mudo!...
Perdón, genio inmortal!... loco un instante,
Quise tender al sol, pobre gusano,
El vuelo real del águila arrogante...

¡Oh! entre la turba me soné un gigante...
¡Otra vez ante tí, soy un enano!
¡Y ellas también... En religioso culto
Dan á tu pie su lauro por alfombra
Esos que grandes aclamó el tumulto...

¡Y es que su lauro ruín miran oculto
De tu lauro inmortal bajo la sombra!
¿Cómo cantar? Mi corazón se parte...
Ciegan mis ojos... ¡Entusiasmo inerte!
Pues díome comprensión para admirarte,
Deme tu númer voz para cantarte:
¡Rayos de luz para alcanzar á verte!
¡Rayos y voz!—Porque tu lauro al viento
Mire flotar, la luz de cien volcanes
Cúta á tus sienes su fulgor sangriento!...
Porque á tu excelsitud lleve mi acento,
¡Denme su voz torrentes y huracanes!...

Débil, empero, soy... mudo te admiro...
Que en la impotencia de mi afán batallo,
Y, en vez de una canción, lanzo un suspiro...
Tiende tus alas en revuelto giro...

¡Yo, con asombro, te contemplo... y callo!
Tiende tus alas... ¡Para tí no hay coto!
Mira: ¡Un abismo!... El porvenir oscuro,
Para la imbecil muchedumbre ignoto...
¡Ante el arpón de tus pupilas, roto
Caiga el denso eendal de lo futuro!

Del negro porvenir rompe la malla...
Siempre el delfín desencajó la espuma,
Siempre el torrente derrocó la valla,
Siempre rompió el ariete la muralla,
¡Siempre el rayo del sol rasgó la bruma!

Rasga, genio inmortal, rasga ese velo...
La frente en Dios, la planta en lo profundo,
Contemplarás en tu arrogante anhelo,
Pobre dosel para tu frente, el cielo;
Ruín pedestal para tu planta, el mundo.

¡Mira!... Encendidos, de entusiasmo rojos,
Sorprenderán en tu futura historia
Esos de hiena escrutadores ojos,
Los siglos en montón puestos de hinojos
Ante el altar de tu insolente gloria!...

Ya entre la inmensa turba me confundo...
Tú, en majestad, oh, Numen, te adelantas...
Si he de arrojar mi lira en lo profundo,
Quiero más bien que la contemple el mundo
Rota en pedazos mil bajo tus plantas.

† Eulogio Florentino Sanz.

Por qué caen las hojas

Un día el céfiro pasa rozando con la punta de sus alas las ramas de los árboles, y dice á una hoja:—Dime, ¿no te cansa estar siempre en este árbol?—Y huye ligero. Y la hoja tiembla indecisa.

Al otro día el céfiro vuelve á pasar rozando con la punta de sus alas las ramas de los árboles, y dice á la hoja:—Si quieres venir conmigo verás las espigas de oro y la azucena de plata, y te darán sus perfumes las flores del valle —Y huye ligero. Y la hoja en la rama se agita de deseo.

Al tercer día el céfiro pasa otra vez rozando con las puntas de sus alas las ramas de los árboles, y dice á la hoja: —Te llevaré me-

ciéndote en mis alas á los lejanos bosques donde mi padre el huracán aprende sus maggestuosos cantos.—Y huye ligero. Y la hoja del árbol vacila y cae.

Al otro día, cuando el céfiro pasa, la hoja levanta su voz desde el polvo y dice:—Céfiro, llévame al valle á ver las flores de botones de oro; llévame al bosque á oír los cantos que tantas veces he escuchado, temblando de miedo, cantar á tu padre el huracán.

Y el céfiro, sin oírla, pasa y huye ligero.

Y la hoja, amarilla de ira, inmóvil, desde el polvo, dice:—¡Ah!, no me engañarás otra vez, ingrato céfiro.

Y otra hoja, más amarilla aun, responde:—¡Ah!, no volverás otra vez á la rama de tu árbol.

Así las esperanzas de la vida.

† J. M. Bartrina

Teatro Valenciano

NUESTROS ACTORES



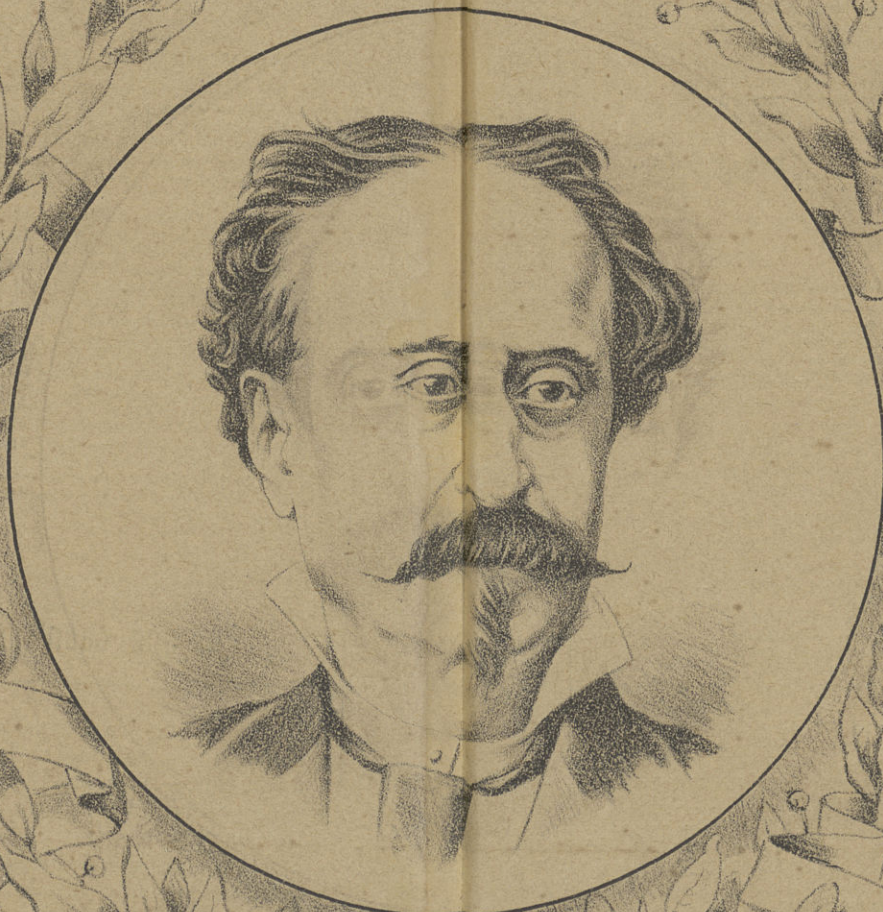
ASCENSIO FAUBEL

† 24 Febrero de 1875



ASCENSIO MORA

† 4 Agosto de 1883.



JOAQUIN GARCIA PARREÑO

† 26 Marzo de 1880.

E. PASTOR



LEANDRO TORROMÉ

† 13 Abril de 1879.



JOSÉ CONTRERAS

† 21 Junio de 1890.

La huida del Polaco

¡Silencio las mujeres! por la vecina sierra
Se escucha ya glorioso clamor de libertad.
Mi vida es de la patria, mi brazo de la guerra,
De esclavitud el llanto baña mi hermosa tierra.
¡Maldito el que su espada guardó en la ociosidad!

¡Gabriel, mi sable corvo! La noche ya declina,
Oculto entre sus sombras podré escapar mejor.
¡Silencio las mujeres! su llanto me asesina.
Cobarde es quien al yugo su frente vil inclina.
Cobarde quien no acude al grito del honor.

¡Silencio!..... los espías rodean la cabaña:
La turba de cosacos anida en el lugar,
Matar á la Polonia pretenden en su saña,
La sangre de mis hijos sus negras pieles baña.
No es hora ya de llanto, es hora de luchar.

Que ensillen mi caballo, ¡Silencio, vive el cielo!
¿Preferies ver tus hijos en torpe esclavitud?
¿Qué importa de mi vida? morir es un consuelo;
La patria es mi entusiasmo, la libertad mi anhelo,
Por ellas dió su sangre mi tierna juventud.

¡Polonia, madre mía! tu manto desgarraron,
Tus hijos de alimento sirvieron al cañon;
Sus cuerpos insepultos las fieras devoraron,

¡Venganza!..... en la agonía al cielo demandaron
Y al grito de ¡venganza! hoy ruje el corazón.

Traed mi sable corvo, la paz nos envilece,
La insurrección levanta su frente con placer:
Ya corre, ya se ensancha, ya se dilata, y crece,
Ya el viento de los montes nuestra bandera mece,
Ya el grito del combate se escucha por doquier.

¡Callad!..... ¿oís? resuena el toque de diana,
La voz de la corneta; marcharme debo ya;
El enemigo avanza lleno de furia insana,
¡Quiere ganar la sierra! ¡Oh sol! ¡Oh sol! mañana
El triunfo de mi patria tu disco alumbrará.

¡Adiós, hijos queridos, adiós mujer! Si un día
Mi cuerpo entre la nieve llegaseis á encontrar,
Jurad todos de hinojos sobre esa tumba fría
Vengar de nuestra patria el llanto y la agonía
Y en sangre de cosacos su suelo fecundar.

¡Adiós!..... la noche espira, Gabriel desde el collado
Observa si alguien viene de mi caballo en pos,
Hijos, besad la frente de vuestro padre amado,
Mujer, tenme el estribo..... así; ya estoy montado
Y libre como el viento, ¡viva Polonia! Adiós.

† Félix Pizcueta.

A MI HIJA MARÍA

I

Hija del alma mía;
Para consuelo tú de mis dolores,
Has abierto á la luz del claro día
Tus ojos seductores.
Lleno de amor mi pecho te esperaba,
Tu madre de amor loca;
Despierta y adormida en ti soñaba
Y con placer ansiaba
Beber tus risas y besar tu boca.
De esperanza movido, el pensamiento
Antes de que nacieras, descubría
Tu faz angelical llena de encanto
Y movido de dulce sentimiento
El corazón latía,
Y de los ojos te escapaba el llanto.
En el rumor del viento
Escuchaba el oído
El delicado acento
De tu primer vajido;
En la purpúrea rosa
El color de tus labios
Hallaba la mirada cariñosa
Y entre las sombras de la noche, en calma,
Envuelta en blanca nube,
Con alas de querube,
Cruzando el cielo te admiraba el alma.

II

Naciste cuando rompen sus corolas
Las flores más tempranas,
Cuando el prado se viste de amapolas,
Cuando brotan lozanas
Las cárdenas violas,
Cuando cantan las aves
Con voces más suaves
Y murmura apacible el arroyuelo
Y calma el huracán, y brisa leve
El botón de los árboles conmueve,
Y límpido y azul se ostenta el cielo
Y se levanta el sol por el Oriente
Con lumbre más ardiente
Para besar el suelo.

Hermana de las flores,
Tienes tú sus perfumes y colores,
Hermana de la brisa,
Mi acalorada frente
Refresca tu sonrisa

Hermana del alegre pajarillo,
Más que su corazón puro y sencillo
Es el tuyo inocente;
Hermana de la dulce primavera
Que la vida atesora,
Tú das la dicha al padre que te adora.

Flor, brisa, luz y ave,
Perfume, aliento, vida y armonía;
Todo eres tú para el que amarte sabe
Tú lo eres todo para el alma mía.

III

Adormida te miro
En el regazo de tu madre amante;
Levísimo suspiro
Se escapa de tu pecho: ¿por ventura,
De los ángeles sueñas la brillante
Legión que acompañaba tu alma pura
Cuando allá entre los ángeles vivías,
Antes de ver los terrenales días?

No, temas, no, mi nieta idolatrada,
Te olviden tus hermanos celestiales;
Ellos protegen con amigo empeño
Tu vida delicada,
Ellos velan tu sueño,
Ellos de tí desterrarán los males.

Tú eres angel también, y si suspiras
Con gracia placentera,
Es que cruzar á tus hermanos miras
Por la celeste esfera.

IV

Dulce sonrisa agita tu semblante;
Más bella me parece
Que la luz de la aurora rutilante
Y que el tranquilo mar que el viento mece.
Abres los ojos bellos,
Y en tu madre los fijas presurosa;
Tu buena madre, que se mira en ellos,
Los besa cariñosos;
Tú las pequeñas manos adelantas
Queriendo acariciarla con delicia

Y ella, gozando de fruiciones santas,
Confunde tu caricia en su caricia.

Tu cuna es su regazo
Su sangre tu alimento
Te da calor su aliento
Vida te da su abrazo.

Ella te adora como yo te adoro,
Con afecto tan grande y tan profundo,
Que ella ignora y yo ignoro
Si más se puede amar en este mundo.

V

¿Cierras los ojos? Duerme, niña mía,
Con plácida alegría;
Duerme tranquila sueño sosegado
Que no turbe el desvelo,
Tu madre y yo velamos á tu lado
Y además te protegen con cuidado
Los ángeles del cielo.

† Rafael Blasco.

La Sombra de Carracuca

Amigo, ni siquiera tengo un cuarto
Ni menos quien propicio me lo preste.
¿Qué mundo tan falaz y vano es este!
De puro tener hambre ya estoy hartos.
Jamás de la miseria me descarto
Ni gozo ningún bien que no me cueste;
Retrato soy completo de la peste;

Parióme así mi madre, feliz parto
Mas no por la desgracia me confundo
Ni dejo de esperar con fe constante;
Si el mundo es contra mí, yo contra el mundo.
Audacia es menester, pero adelante:
Así lo deparó la suerte mía;
Paciencia y barajar: *filosofía*.

† José Pallarés.

LAS CAMPANAS

I

Imagino una tarde de primavera,
Estoy en el campo y mis ojos se deleitan
contemplando un hermoso paisaje.

El sol declina á su ocaso y sus rayos obli-
cuos tiñen de rojo la tierra que piso, dibujando
en ella mi sombra desviada y gigantesca.

La alondra pasa cantando, y oigo á lo lejos
la cantinela melancolía del traginante que
cruza los sombríos olivares.

En lontananza descubro entre el follaje la
torre de una aldea, que es la meta de mi paseo.

El sol traspone la colina y comienza á
reinar el crepúsculo.

Acabo de leer á Pascal, á Bossuet ó á mí
mismo. En el campo, en la soledad y al caer
de la tarde, toda alma tiene una página que
ofrecer al que quiera descifrarla.

Mi mente se ha elevado á un orden de
ideas superiores, que flotan indecisas en mi
cerebro y tienden á un punto que está en la
inmensidad.

De repente oigo la campana que vela sobre
la torre.

Su tañido discreto condensa mis ideas y
me dice su nombre. Apresuro el paso y veo
una muchedumbre de mujeres, ancianos y
niños que corren al templo. A todos nos arras-
tra el mismo impulso, sino que ellos van por
el camino de la fe sencilla, de la fe de los
campos que crecen al amparo de la Providen-
cia como la flor silvestre, y yo voy por el
camino que me trazan el alma, la razón y la
conciencia. Ellos van desde el hogar doméstico,
yo desde el bullicio de la ciudad, pero el tañi-
do de la campana, voz misteriosa que habla
todas las lenguas, atraen con amor su fe sumi-
sa y mi fe razonadora, y como el contagio de
la verdad es invencible, nos confunde á todos

en el mismo recogimiento y en la misma ora-
ción.

Oro con ellos y bendigo en mi corazón la
campana de la tarde

II

Estoy encorbado sobre la mesa.
Á mi lado tengo un libro divino en cuyas
páginas leo:

In sudore vultus tui vesceris pane.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan.
Este divino precepto enardece mi alma, y
aplico á su cumplimiento toda la fuerza de mi
inteligencia. — Trabajo.

De repente carga mis oídos una granizada
de sonidos metálicos, agudos unos como
saetas, atronadores otros como los bramidos de
la tempestad.

Mis manos sueltan la pluma y los papeles,
y acuden á la cabeza, cierro los ojos, se suble-
va mi sistema nervioso y las ideas huyen de
mi cerebro como una bandada de pájaros al
oir la explosión de una escopeta.

Delante de mi balcón hay un campanario.

Espero resignado á que se calme la tor-
menta; pero la tormenta se prolonga en horri-
ble *crescendo*, y mi cerebro comienza á tomar
parte en el concierto, golpeándome el cráneo
con violencia.

Me asomo al balcón y quiero dominar el
estruendo con un grito de dolor, capaz de
ablandar los bronce.

Pero el bronce no es tan duro como el pe-
cho de un campanero. Sus dos brazos empujan
sin cesar los dos torbellinos de metal que rue-
dan sobre su cabeza. La velocidad y el es-
truendo turban completamente mis sentidos y
me producen un vértigo espantoso.

El campanero tiene cien brazos, como el
gigante Briarco, y las campanas vomitan cam-
panas, y se multiplican y nacen unas de otras,
como las estrías de una columna salomónica
puesta en rápida rotación.

Y al través de este huracán, veo un rostro

ATREVIMIENTO, POR CILLA



Casimiro sale á las afueras dispuesto á cometer cualquiera impetuosidad.



Ve venir una moza garrida con un cubo á la cabeza y se dispone á no desperdiciar la ocasión.



Se atreve á abrazarla y....



Tableau.

QUISICOSA, POR LEGUA



¡La Pepa con D. Miguel!
 ¡Maldita sea mi estrella!
 —Métele tú miedo á él
 Que yo se lo meto á ella.



—Seña Antonia, quie usted icirme que ha-
 cemos de lo nuestro.

—Haga usted lo que quiera con lo suyo, que
 lo mío ya me lo gobierno yo.



¡Ella será mial vaya si lo será
 ¿No ha sido de su marido?

que me mira y se ríe, con las cejas arqueadas, los pómulos arregados hacia los ojos, la pupila brillante y la boca abierta.

Se ríe como se reirán los gímios, si alguna vez adquieren la ductilidad de músculos que tanto deben envidiar á algunos seres racionales.

Y las campanas siguen su vuelo frenético, y creo oír esas palabras que el campanero dicta á sus lenguas de metal:—«¡Sucumbel ¡sucumbel! ¡sucumbel!

»Yo soy el fuerte y el poderoso. Tú el débil, y el cuitado, y el mezquino.

»A mí no me llegan tus quejas ni tus lamentos, porque soy inexorable como la parca y sordo como el destino.

»Grita, desventurado, insúltame cuanto quieras: yo soy el único verdugo que ahoga la voz en la garganta de su víctima sin dogales ni mordazas.»

Y la tempestad arrecia, y el rostro mefistofélico del campanero sigue insultándome con su risa implacable, y en el paroxismo de la rabia llegó á concebir el proyecto de arrojarme por el balcón.

De repente disminuye la velocidad de las campanas, los golpes cambian de compás, cesan del todo... Pasó la tempestad.

Entonces me quedo inmóvil como el impaciente que acaba de sufrir un intenso dolor, y no se atreve á cambiar de postura por temor de una recrudescencia.

Pruebo á continuar mi tarea, pero en vano: el metálico estruendo de las campanas no cesa de zumbar en mis oídos: mis ideas están barajadas, mi entendimiento en ebullición y mi cuerpo en estado patológico.

III

Yo te bendigo, campana discreta de la tarde, porque tú eres la voz de la pastora mística que llama con amor á sus ovejas. Tú eres humilde como el cristiano que obedece á tu dulce reclamo, y la oración te busca y te comprende, porque eres un murmullo como ella.

Tañe, tañe, campana discreta de la oración. Tus sonidos saben hacer vibrar las fibras secretas del alma, sin sublevar las flaquezas del cuerpo mezquino. Tú, cuando sufren los que te aman, no agravas sus dolores con bramidos soberbios. Tú les dices con sonido apacible:—Yo soy la voz del consuelo y de la esperanza; cerrad los ojos al sueño, que solo vengo á pedirlos vuestra piadosa ofrenda, para luego ver-térola como un bálsamo.

Tú, cuando trabajan los que se aman, no te gozas en hacer más y más fatigosa la triste carga que arrastran por este valle de amargura, tú les dices con amor:—Yo vengo á fortalecer vuestro espíritu, yo vengo á infundiros aliento. Si mi dulce tañido os distrae por un momento, es para que vengais á refrescar vuestra mente en la oración y volvais á vuestra obra vigorizados con la fe que guía y que sostiene.

Tañe, tañe, discreta campana de la oración; tu sonido me agrada, porque es benéfico como

el amoroso susurro con que mi madre me dormía en la cuna.

IV

Mi verdugo vuelve á asomar su cara sarcástica por debajo de una campana.

Veo dos manos que se adhieren al borde del campanario como las patas de una salamancha, y en pos de las manos viene una cabeza arañando la piedra con la barba. Es el campanero.

Me mira y me insulta con tres pulgadas de sonrisa insoportable.

—Oyeme, verdugo: ¿qué fiebre es la que te agita cuando haces bramar esas lenguas de bronce? ¿Qué significa tu horrible sinfonía? ¿Qué idioma nos hablas? Tú, que te muestras su más encarnizada enemiga, ¿sabes lo que importa el silencio?

El silencio es una voz inarticulada que nos habla de Dios con más elocuencia que todas las lenguas de metal. Después de la voz que nos avisa en el trueno y en la borrasca, no hay otra más poderosa que la que nos llama á la contemplación en el silencio. Cuando reina el silencio en torno suyo, el hombre se sobrecoge y tiene miedo, como el niño que al penetrar en un aposento oscuro, deja de oír las voces familiares que le guiaban.

El hombre es un niño que tiene miedo cuando el silencio le deja oír la voz de la conciencia; sólo que así como el niño tiene miedo de acercarse, el hombre tiene miedo de huir, y se acerca al que le llama con lengua muda.

El silencio es un acusador implacable que Dios ha colocado en el espacio, y que el bullicio del mundo intenta en vano sofocar, como el estruendo de la orgía el grito mudo de la conciencia.

¿Y sabes por qué tiene tan poderosa elocuencia la campana de la oración que se escucha á lo lejos en la soledad de los campos?

Porque sus tañidos parece que sean la fórmula sensible con que el silencio resume lo que acaba de decir el alma contemplativa.

¡Ah! si el silencio no fuera un punto en el espacio, la criatura no estaría tan alejada de su criador.

V

El campanero me hace una mueca, cerrando el ojo derecho y sacando por un extremo de la boca la lengua, afilada como una saeta.

De repente retira la mano y la cabeza.

Soy perdido.

Es evidente que mis teorías sobre el silencio han despertado en su alma empedernida un deseo moderado de meter ruido.

La tempestad va á rugir de nuevo.

¡Dilon! ¡dilon! ¡dilon!...

Te conozco, horrible preludio de la más espantosa sinfonía: conozco la mano que te dirige y sé que es implacable como el destino. Pero no, no te gozarás en mi martirio, salvaje concitador de tempestades. Hu oá esconderme en el más remoto rincón del universo, y le es-

cupo en el rostro mis últimas palabras que parodian el dicho de un héroe.

«¡Invanécete de haber puesto en fuga á un cristiano!»

VI

Ya no oigo á mis vecinas de bronce,

Cruzo plazas y calles con la rapidez de la flecha, en busca de un horizonte sin límites. Quiero huir de la ciudad: las ventanas se me antojan campanarios y las canales tubos acústicos.

Paso por delante de un templo y escucho los preludios de un vuelo de campanas. Descubro la cabeza, me tapo los oídos y no corro, devoro el espacio.

Respiro; estoy en el campo, el sol declina tiñendo el ocaso de una faja de púrpura.

¡O sur des ailes, dans les nues

Laissez moi fuir, laissez moi fuir!

El horizonte es inmenso; dejadme que corra mientras me quede aliento. El silencio cae como un rocío sobre ese inmenso paisaje.

Tengo sed de silencio y quisiera recorrer la zona entera que abarcan mis ojos para beberlo todo, para respirarle con todo mi ser y embriagarme en su copa inmensa. Callad, aves fugaces que cruzáis el espacio en busca del nido; callad, murmullos confusos de la arboleda. Yo busco silencio, más silencio; yo busco la inmensa soledad del desierto.

El desierto es un oasis.

VII

Mis ojos divisan la solitaria torre de la aldea.

La campana amorosa llama á los fieles á la oración.

Su tañido penetra como una caricia en mi ser y mitigo como un bálsamo santo la fiebre que me devora.

Me voy tras el susurro de su voz amiga, y abro mis labios á la oración.

Oro por mis hermanos de la ciudad.

† Peregrín García Cadena.

MEDITACIÓN

La noche de difuntos

Ya la luna declinaba
Con la noche hacia el ocaso,
Mientras yo, que la admiraba,
Pensativo me alejaba,
De la ciudad, paso á paso.

Todo en el mundo yacía
Dormitando, al parecer,
Sólo al céfiro veía
Hojas y flores mecer
Cuando sus alas batía.

Pero el tiempo acompasando
El reloj, con marcha igual
Que eran las dos, fué anunciando
Con su lengua de metal,
Cuyo eco triste y profundo
Que allá á lo lejos se oía,
Ondulando sin segundo
Lentamente se perdía
Como el ay de un moribundo.

Concluyó el reloj de dar
Después de breves instantes,

Volvió el silencio á reinar
Y todo vino á quedar,
En torno mío, como antes;
La noche al mundo enlutando,
La luna su faz luciendo,
Yo, pensativo y andando,
Y el céfiro, jugueteando,
Hojas y flores meciendo.

Caminando de esta suerte
Un viejo muro encontré
Desalmenado, aunque fuerte
Y al examinarle hallé
Que era el templo de la muerte.

Grande es el silencio aquí
Donde á la muerte presencio,
Exclamé, y enmudecí,
Miré al cielo y comprendí
La elocuencia del silencio.

Aquí del hombre el camino,
Dije con temor insano,
Termina, bien lo adivino,

Aquí termina lo humano
Y principia lo divino.

¡Aquí de la inmensidad
Tiene el abismo su entrada,
En el cual la humanidad
Halla en su fondo la nada
Y el alma la eternidad!
¡Y la materia reunida
En arcanos tan profundos,
Es de nuevo difundida....
Tal vez para darles vida
A otros seres y á otros mundos!

De esta suerte razonaba
Comprendiendo de este modo,
Tras que paz á mi alma daba,
Que allí donde todo acaba
Tiene su principio el Todo.

J. G. Capilla.



La redacción de *Valencia Cómica* dedica en este número un recuerdo á los poetas ilustres fallecidos.

También publicamos los retratos de los actores que con su talento mantuvieron el Teatro Valenciano, tan decaído ahora.

¡Gloria á los muertos!

Se ha puesto á la venta un tomito, que contiene varios cuentos, traducidos del célebre novelista catalán D. Narciso Oller

Precio del tomito, un real; y los cuentos sabrosísimos, como de Oller.

Cómprenlo ustedes.

Ha visitado nuestra redacción el nuevo colega *Valencia Alegre*. A fuer de cortesés le devolvemos el saludo y la visita, y le deseamos prósperos años de vida.

Imp. y Lit. de Emilio Pascual

Sección de Anuncios

VALENCIA CÓMICA

SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 pesetas trimestre

Dirección y Administración:

GALLO, 3 BAJO

Toda la correspondencia
al Administrador.

VALENCIA

4, Hierros de la Ciudad, 4

CON LA CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA

PREMIADO

DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL

FOTÓGRAFO DE LA REAL CASA

FEDERICO VELA

Establecimiento Bromo-Litográfico

DE LA

VIUDA DE ISMAEL HAASE

COLÓN, 7 Y 9

Grabados, Oleógrafos, Autógrafos, Cro-
mos, Especialidad en países para Aba-
nicos.

Impresiones Editoriales, Ar-
tísticas, Religiosas y Admi-
nistrativas. Banca, In-
dustria y Comercio.

COLÓN

6 y 7

PAPELERÍA, IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE

EMILIO PASCUAL

Puerto, núm. 36, y Comedias, 11 y 13

En este acreditado Establecimiento encontrará el
público un esmerado, puntual y económico ser-
vicio en toda clase de **trabajos Tipo-
Litográficos**, y muy especialmente
en los referentes al Comercio,
Bancos de crédito y Casas de
préstamos; Empresas de
Ferrocarriles, Trans-
vías y de Socie-
dades mineras y
recreativas,
etc., etc.

Habana

OBISPO, 55, LIBRERÍA
Galería Literaria

Sra. Viuda de Pozo e Hijos

ISLA DE CUBA

VALENCIA CÓMICA

DE

SUSCRIPCIÓN Y RECLAMACIONES

VENTA

económicos

Precios

Surtido completo en pa-
peles del país de las más
renombradas Fábricas.
Ventas al por mayor
y menor.

Domingo.

Kiosco de la Universi-
dad; Plaza de Santo

D. Julián Rodríguez

en Madrid

Valencia Cómica

DE

encargado de la venta

CORRESPONSAL

MILMACÉN de PAPEL

DE

ISIDRO BALARI

GALLO, 3, BAJO

VALENCIA